



■ Columnista - Espacio de Opinión

RECORDANDO A ROBERTO VERDUGO



Por Ricardo Retamal Ortiz/
Abogado, Magister UC

El ajedrez es un juego maravilloso, que permite fecundas relaciones que duran toda la vida. En la década de los 60' en La Serena proliferaban sus cultores en torno al Club de Ajedrez de La Serena, que había sido fundado en 1928. Tanta fuerza alcanzó el juego en esos años, que a comienzos de los 70' se organizó un Torneo Internacional de Ajedrez de La Serena (TIALAS) donde, entre otros participó Vladimir Savon, campeón de Rusia, que ganó finalmente el torneo que se realizó en el Regimiento Arica. Participaron los más fuertes jugadores chilenos. Entre ellos, Carlos Silva, Pedro Donoso y David Donoso. Fue una fiesta del ajedrez. En esos años venía a La Serena, un amante del ajedrez. Se trataba de Roberto Verdugo Correa, un hombre muy cálido, pero de bajo perfil. Había nacido en 1918 y cursó solo estudios primarios en el Colegio San Ignacio en Santiago, porque siendo todavía niño se cayó de un caballo y estuvo en coma por más de 40 días. Pensaron que no sobreviviría y recibió la extirpación. Cuando logró recuperarse no lo enviaron al colegio y se dedicó a dirigir el campo familiar.

Su hija Cristina recuerda: "Mi papá se casa con Graciela Lazo Preuss en el año 1947. Su hermana Kika, conocida artista, casada con el abogado Héctor Larraguibel vivían en La Serena. Ambas hermanas eran muy unidas y eso explica los continuos viajes a La Serena y después a El Molle, donde mis tíos tenían una casa de descanso. Recuerdo que viajábamos a La Serena en un pequeño Fiat 600. Era un largo viaje que duraba todo un día, porque mi papá manejaba despacio y con mucha prudencia. Para mí y mi hermana Aida fueron años inolvidables, que guardo a fuego en mi memoria". Yo conocí a Roberto en La Serena, en la década de los 70'. La visitaba regularmente, especialmente en la

época de verano. El vínculo, por cierto, fue el ajedrez. Primero, presencial. Yo lo esperaba los veranos y era invitado a nuestra casa a tomar onces. Era un hombre campechano, con múltiples historias del campo chileno.

Pero después surge la posibilidad de continuar nuestro juego por correspondencia, una práctica habitual en esos años. Y así fue durante un largo tiempo. Las cartas iban y venían. Cristina recuerda: "Mi papá tenía tres pasiones: Los caballos corraleros y el rodeo; las peleas de gallo y el ajedrez. Tenía un tablero puesto en su escritorio, esperando la carta que traía la jugada suya. Eso fue historia en nuestra familia". Cuando yo viajaba a Santiago, también visitaba a don Roberto, tomábamos onces, teníamos largos encuentros. Así fueron pasando los años. La vida nos fue alejando y él se enfermó. Recuerda Cristina: "Mi papá comenzó a tener problemas al caminar y ningún médico conseguía descubrir la razón. Finalmente, una eminencia médica, el doctor Ferrer le dio el diagnóstico: atrofia al cerebelo. Eso lo llevó gradualmente a perder su movilidad, sumado a un accidente vascular. Los últimos tres años de su vida estuvo hospitalizado. Pero con plena lucidez. Siempre agradecido de lo bien que era atendido, porque nunca le faltó nada. Hasta que falleció en el Hospital Parroquial de San Bernardo, en el año 2010". Como fue su deseo sus restos descansan el mausoleo de la familia en el Cementerio Católico. ¿Dónde estarán las cartas con nuestras jugadas? No puedo saberlo, pero recuerdo con cariño esos encuentros con Roberto, en torno al ajedrez, que nos permitió conocernos en la vida.